





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

EL NOMBRE DE LAS ESTRELLAS

PETE FROMM

TRADUCCIÓN DE
LAURA NARANJO Y CARMEN TORRES



errata naturae

PARA MIS PADRES,
*por abrirme las puertas
y dejar que me colara por ellas.*

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2022
TÍTULO ORIGINAL: *The Name of the Stars*

© Pete Fromm, 2016

By arrangements with the author. All rights reserved.

© de la traducción, Laura Naranjo y Carmen Torres, 2022

© Errata naturae editores, 2022

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-06-2

DEPÓSITO LEGAL: M-10108-2022

CÓDIGO IBIC: BM

IMAGEN DE PORTADA: Peter Ji

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

*Historias, historias, historias. Un mundo, una tierra
e incluso un río lleno de esas malditas cosas resbaladizas.*

RICHARD FLANAGAN, *MUERTE DE UN GUÍA*

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

*Bifurcación norte del río Sun.
Paraje natural de Bob Marshall, Montana.
Mayo de 2004*

Por un instante la tormenta parece apaciguarse y convertirse en una serie de borrascas; la lluvia ya no cae como si el mismísimo cielo estuviera hecho de agua. Me agacho, miro por la ventana de la cabaña y estudio el cielo encajado: la columna roja del termómetro se ha precipitado hasta los cuatro grados, las ráfagas de viento azotan la hierba del prado. Los momentos de calma lo dejan todo casi en silencio y sólo se oye el chisporroteo ocasional de la leña de abeto en la estufa. Entonces, el ímpetu creciente del viento aporrea los troncos de la cabaña y el tamborileo de la lluvia repiquetea en las tejas de cedro. Sin embargo, llueva, nieve o ventee, después de las nueve debo hacer la ronda de dieciséis kilómetros para comprobar el progreso de los huevos de tímalo, mi tarea diaria. De modo que me enfundo el viejo equipo impermeable, tanto la parte de arriba como la de abajo, y ajusto las cremalleras de la

chaqueta a la altura de las caderas para tener a mano el spray antiosos y la pistola.

Fuera, en plena ventolera, la lluvia se cuele bajo los aleros, me agujonea las mejillas como si de alfileres se tratara y me chorrea por la barba incipiente mientras rodeo la cabaña, levanto cada una de las contraventanas a prueba de osos y echo los cerrojos. La rutina de siempre. A continuación, subo el camino embarrado hasta la cima del montículo y me adentro en la arboleda en dirección al claro quemado para después bajar hacia la bifurcación norte del río Sun. Avanzo despacio e intento entrar en calor, compruebo que el aceite que les unté anoche a las botas deja a raya las gotitas de agua; me fijo en cómo mi bastón forma hoyos en el barro y en que el cencerro que le até en el mango permanece prácticamente en silencio gracias al ritmo acompasado. El tiempo invita a ponerse la capucha y agachar la cabeza. Veo poco más que la senda a mis pies, hasta que empiezo a seguir unas huellas de oso, el trasiego de anoche, un recordatorio de que debo mantener los ojos abiertos, remeterme la capucha por detrás de las orejas para oír bien y empezar a hacer ruido. Canto, el único modo que se me ocurre de anunciar mi presencia de manera continua, y suelto a voz en grito aquello de «El noble duque de York tenía diez mil hombres...» al adentrarme en el bosque sumido en la penumbra.

Resulta que la lluvia, en lugar de amainar, sólo estaba calentando motores y, cuando cruzo el puente para bestias de carga que hay sobre la parda y agitada bifurcación

norte, empieza a caer en oblicuo, extraordinaria y estúpidamente fuerte, y azota la superficie del río hasta formar espuma. Arremeto loma arriba en dirección a los huevos del arroyo Spruce, riendo por la mera extravagancia de la escena. Calado ya hasta los huesos, subiendo a duras penas por el barro con los pies hacia fuera, como si de una pista de esquí se tratase, supero la cresta y atravieso el kilómetro y medio largo de terreno que se ha quemado hace poco, dejando de cantarles a los osos, pues las puntas ennegrecidas de los vástagos me permiten ver con claridad.

Hasta que llego al tramo de Hansel y Gretel. Aquí el sendero recorre una zona quemada con anterioridad y abarrotada de retoños escuchimizados de unos quince años. De tres metros y medio de altura y separados apenas por unos centímetros, están tan apeñuscados a ambos flancos —las ramas llenas de agujas se mantienen entrelazadas y te invaden desde los lados, susurrando y musitando con el viento— que es más un túnel de paredes verdes que un sendero. Con todo, al no ver más allá de unos cuantos pasos ni oír más allá del suspiro y el quejido de los árboles, sólo soy capaz de producir un murmullo. El aguacero es demasiado fuerte, ensordecedor. ¿Quién en su sano juicio saldría con la que está cayendo?

En medio de la empapada e impenetrable pared de pinos a un brazo de distancia a cada lado, golpeo con el bastón en las piedras que encuentro de vez en cuando, haciendo sonar el cencerro al ritmo de Burl Ives en «The Big Rock Candy Mountains» y tarareando: «Oh, el zumbido

de las abejas en los árboles de cigarrillos, la fuente de gaseosa...». Vuelvo a repasar mi viejo repertorio de nanas para los niños, cuyas letras están grabadas a fuego en mi mente de tanto repetirlas.

Zigzagueo por la curva en forma de sacacorchos que hay cerca del terraplén del río «donde la limonada brota y el azulejo canta» y me encuentro con que, a dos pasos, yace una cría de wapití a medio devorar. A medio devorar.

Trastabillo, me quito la capucha de un tirón. La cría está despatarrada bocarriba, con las tripas fuera, una parte de los cuartos traseros desgarrados desde dentro y tiras de carne colgando de los huesos de un blanco amarfilado. Retrocedo tambaleándome, saco el espray antiosos y le quito el pasador de seguridad. Con la otra mano desabrocho la pistolera y agarro la empuñadura.

Otro paso atrás, y otro; la lluvia me resbala por el cuello. Una cría recién nacida no es más que un aperitivo para un oso grizzly. No es algo que se coman a medias y dejen para más tarde. Y, aunque así fuera, no hay nada amontonado sobre la pieza, nada que la oculte si es que el oso pretendiera volver.

Lo he espantado. Con «The Big Rock Candy Mountains». Sigo reculando, escruto los árboles, sus troncos helados, húmedos y vacíos, sin alcanzar a ver más allá de un metro y medio.

Una vez que doy la curva de espaldas, empuñando el espray, y veo que la cría de wapití desaparece tras los árboles, doy media vuelta y me marchó a toda prisa por donde he venido. Golpeteo con el bastón e intento gritar:

«¡Que voy, abrid paso, abrid paso!», que es lo que mi padre contaba que siempre decían en la Marina cuando corrían por los estrechos pasillos del barco. Al principio, mi voz no es más que un chirrido. Vuelvo a intentarlo.

Hoy los huevos del arroyo Spruce van a quedarse solos. Y mañana también.

Salgo de la arboleda, echo un vistazo al suelo en busca de huellas y sólo encuentro las mías. Me muevo rápido, de nuevo tengo buena visibilidad, miro por todas partes: por la hierba corta, por las rocas ennegrecidas, alzo la vista hasta los tocones tiznados, la bajo por el terraplén del río, sigo por el talud quemado y despejado del barranco al otro lado. Prácticamente desciendo esquiando por el barro hasta el puente, que cruzo corriendo, y ralentizo el paso cuando me aproximo a los árboles sumidos en las sombras de esa carretera para osos. Canto a voz en grito: «¡Dame un beso de buenas noches y reza mis oraciones!», una canción que nunca les he cantado a los niños, y, mientras la lluvia tamborilea, piso con cuidado las mismas huellas que dejé esta mañana.

Rodeo la cabaña, abro las contraventanas, dejo que se cuele la lóbrega grisura del exterior. En el porche, el petirrojo que anida bajo el tejado echa a volar justo delante de mi cara y se me escapa un rápido «¡la madre que te...!», como si me hubiera atacado un oso grizzly con alas. Recupero el aliento, me desabrocho el equipo impermeable, le sacudo todo el barro que puedo. Entonces abro la cerradura de la puerta y entro como si mi regreso siempre hubiera estado en entredicho, apoyo la espalda en ella

una vez cerrada y doy un hondo y largo suspiro. «¡Niños! —grito a la única estancia vacía—. ¡Ya he llegado!».

El oso, sin duda, me había hecho un favor al escabullirse entre los pinos y tal vez observarme en lugar de retarme por su presa. O añadirme a ella. Estuve completamente a su merced. Niego con la cabeza, el calor procedente de los rescoldos de la estufa mitiga el helor, pero no el escalofrío que recorre mi cuerpo.

Cojo un tronco del leñero, abro la estufa y lo coloco sobre las brasas. Luego otro. Le echo el cierre a la portezuela, me levanto y me quito una astilla blanca del frontal de mi camisa de lana.

Hace un mes luché por traerme a los niños. Una acampada de un mes de duración. Una experiencia en la naturaleza salvaje que atesorarían durante el resto de sus vidas.

Nolan, de nueve años; Aidan, de seis. Mis hijos. Ninguno de ellos mucho más grande que esa cría de wapití.

Nueve y seis. Caigo en la cuenta con cierta sensación de sorpresa de que sólo llevo nueve años siendo padre. ¿Qué era antes? ¿Un niño? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Diecisiete años? Y luego fui a la universidad, a los parajes de Montana. ¿Y luego?

Pasaron muchas cosas después, lo sé, décadas, pero todo, absolutamente todo lo que he hecho, o al menos las razones que me llevaron a ello, cuando las hubo, parece haberse desvanecido sin más. ¿Antes de ser padre? Sólo transcurrieron aquellos primeros treinta y seis años. Luego vino Nolan. Y luego Aidan.

Antes... después.

Apenas nueve años en esto y por poco se los echo de comer a los osos. Sin embargo, no hay nada que desee más que tenerlos aquí conmigo.

*Great Falls, Montana.
Abril de 2004*

Después de mudarme a Montana a los diecisiete años, me pasé bastante tiempo soñando con los hombres de las montañas y sus proezas varoniles y solitarias, con buscar una cabaña pintoresca en un lugar remoto y perdido de la mano de Dios por cuya puerta asomara el hocico quizás un perro lobo para espantar a los desconocidos. Sin embargo, terminé en Great Falls, en las planicies que colindan con la cordillera de las Rocosas, no en las propias cumbres. Un gran río lento y fangoso retenido por varias presas surcaba la ciudad. Nuestra casa era un bungalow de estilo Craftsman de ochenta años de antigüedad situado en una calle bordeada de olmos. Llevaba a Nolan y a Aidan, que estaban en tercero y en preescolar respectivamente, a la escuela Roosevelt a diario y luego los recogía. El intrépido hombre de las montañas acabó por convertirse en un tipo tranquilo.